

ESTA VOZ ES SÓLO MÍA

Paulina Sabugal Paz

Odio. La historia de tu nombre.

Paulina. Lo odio. Lo he odiado siempre. Sí, en la boca de otros e incluso cuando sale pronunciado por mis propios labios para presentarme: PAULINA. Y sí, es odio. No es sólo que no me guste o me moleste. Lo odio.

Me llamo Paulina porque ese era el nombre de mi bisabuelo Paulino, que a su vez dio nombre a su hijo, mi abuelo Paulino y éste a su padre, quien finalmente fue mi padre y me dio su nombre a mí, en versión femenina. Siempre he tenido la sensación de que soy un Paulino que se equivocó y llegó a mí en forma de mujer.

De niña, me ponía a llorar cuando decía: “mi papá se llama Paulino” y los demás niños se reían ante un nombre que les sonaba poco común y sobre todo cómico. Me avergonzaba llamarme así y me gustaba inventar que tenía otros nombres más interesantes y sofisticados como Cassandra o Melissa (así, con la doble s). Pero la realidad era que yo, era siempre Paulina.

Aunque hoy agradezco el no contar con dos nombres como protagonista de telenovela, en aquel momento en que era chica, me disgustaba no tener más opciones. -¿Por qué me llamó Paulina?- le preguntaba a mi mamá. -Porque así se llama tu papá- respondía ella ante mi inquietud y ya, fin de la conversación.

Mis abuelos en Oaxaca al igual que mis tías, me llamaban Prodolina por reír y porque decían que tenía un nombre muy “sencillo” para un lugar en donde llamarse Kelly era más chic. Mis primos me llamaban Pauli. Mi papá me decía Pauli-miados para molestarme y sacarme una carcajada pues estaba justo en la etapa escatológica por la que pasa todo niño.

Después, Paulina, como todos los nombres, se puso de moda. Un día me encontré en un salón de escuela primaria con otras tres Paulinas a mi alrededor. Lo odie casi tanto como el nombre en sí. Mi nombre. Paulina Romero, era la más popular, así

que merecía ser llamada “Pau”. Paulina Garizurieta, no sé porque motivo era llamada Pauline y de la tercera Paulina ni me acuerdo. Yo en cambio, era Sabugal. Una niña de 7/8 años era llamada “Sabugal” por sus maestros y compañeros de aula porque los diminutivos para Paulina se habían agotado. Entonces, como en el servicio militar, me tocaba ser llamada por mi apellido. Eso me hacía llorar, ignorando el hecho de que hasta la fecha, prácticamente lloro por todo lo que me hace sentir mal. Lo odio. Odio llorar, así, tan fácil. Soy una fácil para enseñar mis lágrimas. Siento que estoy enseñando los calzones... así... fácil. En el metro o en super, donde me agarra, a echar la lágrima. Lágrima pronta, dice mi madre.

Pero volvamos al nombre. Paulina. Paulina es ya el diminutivo de algo. De Paula. Paulina de origen latín o bíblico o algo por el estilo, quiere decir: la pequeña. Me debí haber llamado Paula entonces o Paola. Odio que de primera impresión, la gente se olvide de que me llamo Paulina y comience a llamarme como si nada pasara... “Entonces Paola... tú...”. Una vez un maestro de teatro me dijo: “siempre me olvido de tu nombre, debe ser porque no te gusta”. Tenía razón.

Y encima de que Paulina es ya un diminutivo, tengo que soportar el “Paulinita” de mi abuela. Sólo a ella se lo permito. Sí, a mis casis 33.

Aquí en Italia me llaman Paolina. Otra vez la referencia a la tal Paola (Me cagan las Paolas), por ello la O y porque el nombre Paulina en sí, no existe para los italianos.

No sé qué haya sido de Paulina Romero, ni de Pauline, las cuales jamás sentí como tocayas o como semejantes a mí. No me interesa. Tampoco me interesa la historia de las Paulinas famosas como la Rubio o la Bonaparte. Creo que las dos estaban locas y que se casaron con el hombre equivocado. Creo que el nombre es una penitencia y que no, aún este nombre no me pertenece.

Antes de morir, mi papá me regaló tres frases.

Por lo menos una vez a la semana nos organizábamos para ir a cenar. Generalmente los lunes, mi padre pasaba por mí a mi casa y en torno a la Colonia del Valle buscábamos cualquier cosa que no fuera tacos y que pudiera estar abierto después de las 10 de la noche. No teníamos nada en contra de los tacos, pero siempre estábamos a dieta. A mí me preocupaba verme bien en bikini, a él, su corazón.

-Sushi. Comamos sushi-. Esa era siempre mi propuesta. No sólo porque desde niña he sido fascinada por el pescado crudo, los palitos de madera y el arroz pegajoso; si no porque el Tokyo Rose siempre estaba abierto, tenía promociones y podíamos llegar a pie desde mi pequeño apartamento en Luz Saviñón. Además, el sushi nos vendía una idea de falsa salud que funciona con la mayoría de los mexicanos. A pesar de tratarse de rollos fritos con Philadelphia y mermelada, juramos que es más light que los tacos que intentamos evitar todos los lunes.

Mi padre, para bien o para mal, siempre fue una suerte de confidente. Con tan sólo 21 años de diferencia, a veces me resultaba más un hermano mayor o un amigo, que un papá. Le contaba de mis novios y mis no novios. Esa noche le conté de Alonso, un chico de Tinder con el que llevaba saliendo aproximadamente tres meses, pero como casi siempre pasa en el amor "él era poco claro". En consecuencia, mi ansiedad salía a flote y buscaba a como dé lugar "definir". ¿Qué somos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué esperas de mí?. Mi padre me paró en seco mientras deglutía su California Rainbow y me dice: -¿qué harías de diverso respecto a lo que has hecho en tus otras relaciones?-. Yo hastiada, le contesté un veloz – Ash, no sé-. Era más importante seguir contando con detalle los encuentros con Alonso. Él insiste y saca una hoja de un cuaderno y pide una pluma al mesero. - Dime al menos tres cosas que tendrías que cambiar- remata con pluma en mano. Entiendo que el ejercicio va en serio y hago el esfuerzo.

“No presionar”. Digo en voz alta. Sé que he presionado a mis parejas para obtener respuestas y eso inevitablemente los aleja. Después de todo, a nadie le gusta sentirse presionado. Y como una secretaria que toma dictado, él escribe.

Mi padre, en la última etapa de su vida decidió ser psicólogo. Después de años de despreciar tal disciplina y posterior al divorcio con mi madre, entra a la universidad a estudiar lo que sería su primera carrera. Durante años se desarrolló como periodista, profesión que aprendió sobre la marcha y gracias a su gran capacidad auto didacta, su amor por los libros y su pasión por investigar. Ser psicólogo representaba la ilusión de finalmente entrar a la universidad, estudiar y tener un papelito que dijera que él sí es un profesional. Una vez titulado tenía esta tendencia hasta cierto punto lógica, a psicoanalizar hasta en el Tokyo Rose.

“No ponerme ansiosa, yo también tengo una vida.” Es lo segundo que digo y que apenas re escribo me da agruras. Hoy por hoy no tengo una vida. No pienso que la tenga. Antes la tenía y tampoco lo pensaba, así que da igual. Sé que suelo estar más concentrada en el afuera que en el adentro. He probado hacer yoga, meditar, tomar vitaminas... Nada. Me como por dentro. Literal. Bastaría ver mis uñas y cualquier psicoanalista se relamería sus bigotes Freudianos.

Continúo. “No me están evaluando. Yo también puedo evaluar”. En general, siempre me he sentido evaluada. En la escuela. En la vida. Siempre. He estado hambrienta de reconocimiento como si eso implicara ganarme un lugar (aunque ese lugar no exista físicamente). Estoy dispuesta a llegar hasta las últimas consecuencias para en la evaluación conseguir la máxima calificación. Cocino, juego ajedrez, hago el amor, bebo vino tinto, salgo a correr. Me esfuerzo demasiado y tengo la eterna sensación de que mi esfuerzo no es reconocido. Así que por donde se vea, salgo jodida. Pero ¿y si yo empiezo a evaluar? Esa era la reflexión.

Mi padre escribía con dedicación estas tres máximas mientras su California Rainbow empezaba a marchitarse. Me hizo firmar mi compromiso al calce de la hoja

con todo y fecha y ordenamos un Teriyaki. Poco tiempo después moriría de un infarto.

Es curioso como estas tres frases, salen de mi boca y no de la boca de mi padre, aunque sea suyo el mérito de hacerme verbalizarlas. Aún hoy, estas palabras me rondan como moscas. Se han vuelto un recordatorio y una penitencia. Un “deber ser” y un “no puedo”.

Pensé en resucitar otras tantas frases lindas y graciosas que me han acompañado. Unas de mi madre, otras de mis abuelas, de mis amigas, de compañeros. Todas bellas y punzantes. Sin embargo, son estas, estas tres putas frases las que no me dejan dormir y que a su vez, me hacen soñar.

Los no mapas

Soy experta en destruir mapas. Si bien he construido mi pequeño pedestal de objetos, fotos y flores muertas; lo mantengo hasta que me es útil. Hasta que el mapa cumpla su propósito y me lleve a un lugar. Después, me basta la tortura o el regalo que implica el recuerdo y basta. No puedo ni quiero ver más nada de aquella “travesía”.

Tengo la fortuna o la condena de tener una memoria privilegiada. Las fechas exactas, las horas precisas, lo que se dijo y no se dijo, el olor del lugar, la madera que crujía, la cumbia que a lo lejos sonaba... son pequeños eslabones en mis recuerdos que me torturan la mayoría de las veces. Hacerlo aún más evidente a través del fetichismo me resulta un acto digno del más gráfico sadomasoquismo.

Mis mapas, son los no mapas. Es una forma de engañar a mi cerebro para descansar. Mi alma nómada guarda aún demasiados datos: nombres, caras, olores, cuerpos. No puedo. Sin embargo, estoy hecha de contradicciones. Y si bien, no

guardo el mapa, me aferro al objeto como una brújula que me guía hasta sentir que me he encontrado o en el peor de los casos, hasta que me es arrebatado.

El boleto del metro, la sudadera roja y sin lavar, los aretes de Navidad son valiosos mientras valga la pena. Después, todo debe desaparecer. Moverse. Tirarse.

Sé que está mal, pero no soporto el cajón de los mapas de otros. Mucho menos, si el mapa viejo está a todas luces visibles. Me caga sacar un libro del estante y que caigan las fotos de la novia alemana del 2006. Odio las misas para “recordar” a los muertos, como si no fuera evidente que uno palpa la ausencia. No soporto que las casas de los que ya no están se conviertan en una especie de santuario. La gente que deja el cuarto intacto, las cenizas en la sala, las fotos de los difuntos escaneadas para Facebook.

Las fotos tamaño infantil de la novias del primer año de la universidad aún en la cartera, el dije que dice atrás “love”, la carta de amor con las orillas quemadas con un encendedor. No. Yo no.

Era invierno y uno de mis novios, la primera vez que me quedé a dormir en su casa, me ofrece una pijama para no pasar frío durante la noche. Abre el closet y me enseña una muestra variada de atuendos para dormir. Distintos tamaños y colores a escoger. Ingenua pregunto: ¿y esto? y orgulloso me responde: son de mis ex novias.

Otro, me pide le deje mis calzones. Me pareció un acto sexy, atrevido; hasta cierto punto me hace sentir halagada. Digo que sí. Toma un costal de la ropa sucia y los mete junto con unos 20 calzones que iban de la tanga de libélula, hasta los calzones de Hello Kitty. “Es como un cofre del tesoro”, responde el imbécil.

Como suele pasar, por más izquierdista y zen que una intente ser, hay ciertas cosas que no puedo “respetar” del otro. Por lo tanto, estoy con alguien y así como yo no

tengo mapas, quiero destruir los suyos. Y por destruir entiéndase todo el alcance que la palabra tiene. Destruyo todo. Por seguridad.

Ichnusa

Ichnusa significa huella en lengua sarda. Sardeña o Cerdeña en español, recibe también el nombre de Ichnusa, tal vez por el parecido que tiene la isla italiana con las huellas que dejan los animales en la tierra húmeda. Aquí me encuentro ahora.

Apenas lo escribo, me hace pensar en los caminos que me hicieron llegar aquí, a esta isla inimaginable. Sigo mis huellas en retrospectiva para responderme. Recuerdo cuando 10 años atrás, hice un viaje sola en el más crudo invierno europeo. Recuerdo pisar Roma y desear algún día vivir ahí. Recuerdo el italiano y a los italianos, y regresar a México con el deseo de tomar clases a pesar de que tanta gente me decía que el italiano sólo se habla en Italia y que jamás me sería útil. Y ahora, escribo esto en la terraza de la familia Manunza, mi familia.

Nunca me había puesto a pensar en las huellas que he dejado, sobre todo esas que se dejan a los ojos de otros; pequeñas pistas de quién es uno. Decir que estas huellas sean como un legado para la humanidad, sea tal vez un tanto soberbio; pero esos tatuajes discretos que permanecen en el otro son casi siempre bonitos.

Estoy plenamente consciente de lo poco útil que es todo lo que me gusta: el teatro, las letras, la cocina, la investigaciones sociales... A mí me gusta, pero si dejara de hacerlo ¿a quién le importaría? Probablemente sólo a mí. Lo que hago o he hecho, no salva vidas o cambia el mundo, pero ¡ah! ¡cómo me divierto! Y tal vez resulte egoísta mi confesión, pero casi siempre he dado prioridad a mi propio placer. El goce del otro suele venir como consecuencia. En funciones en plazas perdidas en Milpa Alta, recuerdo a niños que me regalaban pulseras y dulces como agradecimiento por lo que acababan de ver. ¿He ahí la huella? No lo sé.

Pensaba siempre al finalizar una relación, cuál era el compendio de huellas que me había dejado estar con esa persona en particular. La afición por el vino, los libros de Cortázar, las jugadas de ajedrez. Pequeñas huellas que en su momento fueron heridas y hoy, resultan un aprendizaje. Pero, ¿qué habré dejado yo? Tal vez el ir a correr o el plantar un pequeño huerto en casa.

La verdad creo que hoy por hoy soy la suma de ese intercambio implícito de huellas entre todas las personas con las que he compartido un tramo en este andar. No sé más de cuáles soy dueña y cuáles no. Cuántas son ciento por ciento mías y qué tantas me son prestadas. Hoy, desde esta gran huella en medio del Atlántico, me voy a dar un paseo al mar en donde antes se bañaban los fenicios. Hoy, escribo estas letras que de algún modo, en algún lugar, permanecerán como la cicatriz de alguien más.

Daniela

La primera vez que escuché el eco de mi propia voz, me maravillé. La idea de tirar un grito en medio de las montañas y recibir réplicas de ese sonido que había salido de mí misma me parecía mágica y asombrosa. Después, me sorprendía arrojando mi voz en cualquier rincón de la casa para escuchar de nuevo el eco. Nada. No siempre que uno lanza su voz recibe una respuesta. Un descubrimiento duro, pero justo. El diálogo constante con uno mismo puede provocar que no se escuche más nada. Después de todo, no es gratuito que Eco se enamorará de Narciso y que Narciso no la escuchara. Hoy, la palabra eco me lleva a lo que me hace vibrar “como una luna en el agua”.

Hace unos días, mi hermana se fue de Italia para regresar a nuestra casa en México. Se fue después de una corta e intensa visita y con su partida, se llevó un pedacito de mí. Exactamente el mismo pedacito que trajo con su visita para recordarme quién

soy y quién he sido en los 23 años que tenemos de conocernos. Cuando dejé a mi hermana Daniela, en el aeropuerto de Cagliari, pensé que lloraría, pero no. Me puse triste y silenciosa. Mientras pasaba los controles de seguridad y lejana, poco a poco la veía desaparecer, me acordé del día en que nació hace 10 años.

Los recuerdos rara vez son cronológicos como nos han querido convencer las películas. Yo digo que el recuerdo se trata más bien de un carrusel de diapositivas en donde de una imagen a la otra, hay un espacio en negro. Así me acuerdo del nacimiento de Daniela. Yo, una niña de 10 años. Mis padres asustados por el nacimiento de una “ochomesina”. Mi mamá y su panza. Recuerdo levantarme muy temprano el día en que nació porque era “parto programado”. De mi papá diciendo: “ya quiero que nazca el bebé y esté aquí acostadito” y sentir celos. De aferrarme a las piernas de mi padre y llorar cuando el doctor al salir del quirófano con un bata llena de la sangre de mi madre nos dijo: “fue niña”. Me acuerdo de mi papá acompañando a mi madre en camilla hasta la puerta del quirófano mientras le susurraba al oído palabras que jamás sabré. Me acuerdo de las noches en vela, que Daniela era estreñida y que antes de la adolescencia siempre fue muy delgada. De su dificultad para socializar desde que estaba en el Kinder. Que ella sí aprendió a andar en bicicleta y yo no.

Hoy, la vi de otra manera y definitivamente, su presencia, hizo onda en mí desde otro lugar que aún no identifico, generándome emociones que no alcanzo a digerir todavía. Me provocó mucha ternura verla convertida en mujer, una mujer chiquita, con su libreta donde anotaba todo, su ropa perfectamente doblada, su administrar euros al borde de la exageración. Las ganas que tenía de comer pizza a diario y beber cerveza apenas se presentaba la ocasión. Su fascinación por ir al mar.

Me apena y agradezco lo que compartimos en este viaje. Nuestra relación siempre agridulce y un tanto áspera, no es que haya cambiado, pero esta vez, labró surcos más profundos. Le tocó verme llorar, discutir con Luca más de una vez; me compartió su necesidad de intervenir en una de las discusiones señalándome que

mi novio italiano era machista o por lo menos que eso había entendido. Y a mí, me tocó mostrarme a ella no sólo como hermana mayor, sino como ser humano. Diciéndole que con 10 años de edad más que ella, aún hay muchas cosas que no entiendo. Hablamos de dinero, de trabajo, de amor, de sexo. Nos enojamos, mucho. Nos contentamos y reímos, y bebimos más cerveza y vino y le confesé que me sentía muy sola. Le confié secretos que no me atrevo a escribir. Le presenté a todos los miembros de los que ahora son mi familia italiana y luego... luego se fue.

Uno de mis ecos se llama Daniela. Dani, como le gusta ser llamada. Hoy es ella y su voz parte de lo que reverbera en mí.

Sin título

Estaba por decir que había llegado justo a la orilla del abismo. Después, pensé que en efecto había saltado y que tal vez ahora me encontraba en el fondo, pero eso me daba una idea más bien de caída, casi como si me hubiera estrellado contra el pavimento y aunque no hubiese muerto, tuviera todo roto; frágil, incapaz de moverme. Luego pensé en el mar o en el agua, como si la caída fuera en una enorme piscina y ahora nadara, pero nunca me ha gustado mucho nadar (tampoco caer). Recuerdo las clases de natación tan traumáticas que el sólo olor a cloro me genera un vacío en el estómago. Decidí entonces que mi punto de llegada es la suspensión. Literalmente floto. Me gusta.

Siempre llegué tarde a todo. Aprendí a nadar a los 8. Me dejé de chupar el dedo a los 5 y nunca aprendí a andar en bicicleta cuando era niña. Todas mis amigas perdieron la virginidad antes que yo y cuando estudiaba teatro, el trabajo físico me costaba el doble que el resto de mis compañeros. Sin embargo, siempre llegué. Sé andar en bicicleta ahora, me defiendo. Aprendí a nadar, pero prefiero chapotear y el sexo... bueno, ahí vamos. La mayoría de mis amigas ya pasó por la experiencia del matrimonio y otras tantas por la maternidad. Yo, quiero, pero no tengo prisa. No

tengo prisa por la llegada. A veces me lleno de ansiedad, me envenena. Después pasa.

Hoy Luca me dijo antes de irse a trabajar: “¿Podemos despedirnos con normalidad? No como si fuera una escena de teatro o una ópera, sino sólo decirnos: -Ciao, nos vemos más tarde.-” Me pude haber enojado, pero me sacó una carcajada. Tiene razón. Yo todavía respondí: “Bueno, me podrías decir algo como que no dejarás de pensar en mí en todo el día y que me vas a extrañar.” Y él: “Amore, esa eres tú y está bien. Yo no necesito decirte eso.” Y todavía agregué: “¿Y si no nos volvemos a ver?” “Ash. No me metas ansia”, remató Luca. Me reí y luego el resto del día me quedé muy pensativa. “Así eres tú” ¿Así soy yo? No sé. Tal vez no. Tal vez a veces. O más bien, juego a ser esa, porque me gusta, porque la dramática siempre mete un poco de picante. Pero a veces no mete ningún picante, ningún sabor. Y se convierte sólo en ruido.

En la conversación que tuve hoy con Lu, un poco jugando, un poco en serio, él también dijo: “Imagínate en 10 años, ¿quién te va a soportar? ¡Pues yo! Pero ya con los huevos rotos.” Ahí sí que me ofendí un poco. Él estaba convencido de que dijo una cosa romántica por aquello de que se visualiza conmigo en el futuro. “¿Con los huevos rotos?”, pensé. Yo no quiero romperle los huevos a nadie. Luego volví a reír porque por fin Luca había usado correctamente la expresión: “no me rompas los huevos” en un contexto lógico y con sentido. Lamento que haya sido conmigo.

En fin, mientras floto y caigo pienso en todo esto. No soy una rompe huevos. No quiero serlo. ¿Quién soy? Eso me lo respondí en alguna misión y si hoy volviera a tratar de describirlo, creo que sería otra.

Aunque hay cosas que nunca cambian, como que me llamo Paulina, aunque lo odie; otras, fueron un hallazgo. Escribir te da el poder de nombrar las cosas, las hace tan reales que casi se pueden tocar. Me siento mejor con mi libido que parecía siempre hambriento. Estoy también más cómoda con mis contradicciones. He ordenado los

demonios en pequeños y precisos catálogos. En la nomenclatura he descubierto algunos nuevos y muchos de ellos son más bien otra cosa, otros no existen.

En mi tesis de maestría hablo mucho de la diferencia entre realidad y ficción, y llego a la conclusión de que es inútil buscar tal diferencia. Resulta más fértil en cambio, ver en qué puntos se tocan; cómo una favorece a la otra. Creo que sí, que yo tenía razón.

Estoy en Italia para hablar de migración e identidad y cómo eso se narra, se auto narra. Walter Benjamín decía que la única forma de apropiarse de la experiencia es contándola a otros, a todos, a quien quiera oírlo. Hago este doctorado para entender quién soy. Vine tan lejos para confrontarme con otros espejos. Estoy sorprendida de que mi capacidad de amar tuviera tanto alcance; que atravesara mar y tierra, que superara fronteras, políticas migratorias, burocracia, países, banderas. A veces no encuentro el eco de mi voz aquí. Como si ninguno mi escuchara, como si no hubiera interlocutores. Me doy cuenta, que esta voz es sólo mía como hace años me dijo un gato en un sueño y a mí me hizo reír hasta que me doliera el estómago. Ese gato tenía razón. Ese gato soñado probablemente era yo, y sí, mi voz está conmigo y estas palabras son sólo mías.